

Nancy Huston

Vosotras bellas, vosotros fuertes



NANCY HUSTON

Vosotras bellas,
vosotros fuertes

Traducción de
Antonio Soler

Galaxia Gutenberg

También disponible en eBook

Título de la edición original: *Sois belle / Sois fort*
Traducción del francés: Antonio Soler Marcos

Publicado por:
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º I.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: marzo de 2018

© Nancy Huston, 2016
© de la traducción: Antonio Soler, 2018
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2018

Preimpresión: María García
Impresión y encuadernación: Romanyà-Valls
Pl. Verdaguer, 1 Capellades-Barcelona
Depósito legal: B. 6050-2018
ISBN: 978-84-17088-99-6

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte de las excepciones previstas por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

Índice

Prólogo	9
VOSOTRAS BELLAS	11
1. <i>Homo sapiens</i> : más animales de lo que creemos.	15
2. La puta y la modelo.	29
3. Pudor y liberación	35
VOSOTROS FUERTES	41
1. Propensión de los machos humanos a la violencia	49
2. Debilidad del individuo hombre	57
3. ¿Cómo escapar de esta pesadilla?.	67

Prólogo

Actualmente, en el mundo occidental, la teoría de género ha sustituido al cristianismo como soporte de algunas de las teorías más absurdas, especialmente el dualismo:

- alma y cuerpo son dos, y el cuerpo es el subalterno del alma;
- el ser humano es esencialmente espíritu, voluntad, racionalidad, decisión, en absoluto una especie animal programada para reproducirse.

De repente, en la educación (familiar o escolar) que damos a nuestros niños y adolescentes, la cuestión de la diferencia sexual es tratada de forma biológica e hipócrita, dejando que las pasiones y los miedos reales de los chicos y las chicas reales permanezcan en silencio.

Los efectos que produce esta *omertà* son inquietantes. Menos tímida que nuestros intelectuales y filósofos en lo que respecta al determinismo, la industria escarba en la brecha de nuestros tabúes y saca un provecho fabuloso de nuestra innata vulnerabilidad. El deseo de las chicas de ser guapas y el de los chicos de ser fuertes, que se da por supuesto, calculado y elaborado, se repite, se exagera y se propaga a través del mundo en forma de vídeos, películas de Hollywood, ar-

mamento, pornografía, productos de belleza, moda, lujo, cirugía estética...

NANCY HUSTON

VOSOTRAS BELLAS

Cuando seas primer ministro, no te olvides de crear una secretaría de Estado del género masculino, es indispensable.

ROMAIN GARY

I

Homo sapiens:
más animales de lo que creemos

Empecemos lejos, muy lejos. Cerremos los ojos. Imaginemos el cosmos. El cielo estrellado; las galaxias, los astros...; el remolino de miles de millones de planetas alrededor de miles de millones de estrellas... nuestra Vía Láctea...; nuestro modesto sol...; sus nueve planetas, entre los que está el nuestro, el tercero, el planeta Tierra...; y la aparición sobre la superficie de este planeta, gracias a ciertas condiciones climáticas y atmosféricas propicias, de algo que se llama «la vida». Vida vegetal primero, después animal. Evolución de las especies, lenta e infinitamente compleja, ciega, sin testigos, sin palabras.

Durante millones de años, África ha sido el territorio de la evolución humana. Bajamos de los árboles hace cuatro millones de años. Después, hace dos millones quinientos mil años, desarrollamos herramientas de piedra y un cerebro más grande. Hace solo sesenta mil años, los primeros humanos verdaderamente modernos empezaron a salir de África. Hace cincuenta mil años se produjo un cambio radical de comportamiento que se tradujo en la aparición de artefactos más elaborados (objetos artesanales y obras de arte) así como la capacidad de mantener una compleja vida social. La expresión a través de la materia representa uno de los signos de la revolución humana moderna. Aquello que se expresa por medio del arte y del lenguaje es nuestra historia, nuestra identidad, nuestro lugar en la sociedad, es decir..., las ficciones.

El ser humano es el único de todos los primates superiores que nace prematuramente. Si naciera a su debido tiempo, dado el gigantismo de su cráneo (debido al tamaño excepcional del cerebro del *Homo sapiens*) y la estrechez de la pelvis de su madre (debida a la posición vertical adoptada por el *Homo sapiens*), todos los partos resultarían fatales: para la madre, para el hijo, o para los dos. El resultado sería catastrófico. En unos escasos decenios: fin de nuestra especie. El bebé humano nace, pues, muchos meses antes de tiempo y debe ser cuidado, protegido y educado durante largos años antes de poder desenvolverse por sí mismo. Nada más que para aprender a sentarse necesita seis meses. Mientras que un bebé de gorila sabe andar al cabo de solo unos días, el bebé humano necesita al menos un año. En cuanto a procurarse su propio alimento, no será capaz de hacerlo antes de los siete u ocho años en los países pobres, quince o dieciséis en otros lugares y, en el opulento Occidente, dos generosos decenios. De modo que las madres humanas deben estar cuidando a sus pequeños mucho más duradera e intensamente que las madres chimpancés. Puede ser que a consecuencia de todo ello, a lo largo de esa convivencia excepcionalmente larga e intensa entre madres e hijos, naciera el lenguaje humano.

La vida de los primates en el planeta Tierra está llena de peligros y amenazas. Todos los primates intentan protegerse enviándose señales. Sólo nosotros fantaseamos, extrapolamos, urdimos historias para sobrevivir; y creemos a pies juntillas nuestras historias. Hablar no significa solamente nombrar, dar cuenta de la realidad. También significa, siempre, moldearla, interpretarla e inventarla. El lenguaje garantiza la cohesión del grupo. Sin duda, nuestro cerebro es proporcionalmente grande, pero nosotros también somos especialmente vulnerables. De todos los mamíferos, somos el más desnudo, el más débil, el más ridículo: piel y nada más. Apenas algunos pelos a modo de

abrigo; veinte uñas minúsculas a modo de escamas. ¿Y nuestros colmillos? Unos dientes pequeños e irrisorios. Somos los únicos que debemos vestirnos para evitar el frío. Y los únicos que hablamos, para evitar el frío del alma.

En efecto, son nuestra inteligencia y más exactamente nuestro don innato para la fabulación los que suplen nuestra endeblez física. La narratividad –la transformación de los hechos en relatos dotados de sentido– se ha desarrollado en nuestra especie como una técnica de supervivencia. Incluso está presente en las circunvoluciones de nuestro cerebro. Después de millones de años de evolución, el *Homo sapiens* comprendió el interés vital que tenía para él no solamente nombrar, sino interpretar la realidad. La consciencia no es otra cosa que la pronunciada propensión de nuestro cerebro hacia todo lo que sea estable, continuado, razonable y sobre todo narrable.

No soportamos el vacío, somos incapaces de asimilar nada sin antes tratar de comprenderlo. De modo que para nosotros todo se traduce, se transforma y se simboliza de ese modo, incluida la sexualidad. Lo habitual es que los monos copulen rápidamente, incluso distraídamente. Como no tienen un yo narrador, no parecen especialmente preocupados por lo que ocurre. En cambio, para los humanos el deseo y el placer son turbadores; puede decirse que nuestra noción del paraíso y del infierno nacen de nuestras más profundas alegrías y decepciones sexuales. ¿Qué significado tiene un orgasmo maravilloso? Ninguno. Pero como nuestro yo se ha disuelto provisionalmente de forma sublime y extasiada, decimos, «Guau, esto es el paraíso». ¿Qué significado tiene un encuentro sexual poco afortunado, chapucero, fallido? Ninguno. Pero como nuestro yo ha sufrido una decepción, decimos «Uf, qué infierno».

Este esbozo antropológico ha sido necesario para recordar la evidente connotación animal de nuestros orígenes. La idea

de los «individuos» y de sus «derechos» es muy reciente: después de millones de años de evolución de nuestra especie, esa idea surge hace apenas tres siglos. Progresando de modo gradual a partir de entonces y por primera vez en la historia del planeta Tierra, desde hace algunas décadas una especie animal ha conseguido separar de forma radical la sexualidad de la reproducción. Es evidente que apruebo esa revolución y que me benefico de ella, sin embargo, no nos convierte en dioses ni en robots, ni tampoco nos libera del determinismo biológico. En cincuenta añitos no se transforman los genes. Incluso si un porcentaje creciente de la humanidad ha elegido no procrear, el *Homo sapiens* continúa programado para reproducirse como el resto de las especies animales y, aunque esto nos llene de orgullo o al revés, nuestros comportamientos siguen influidos por esa programación.

Dentro de nosotros, por nosotros, mil factores deciden a nuestras espaldas. Por ejemplo, espontáneamente, sin reflexionar, encontramos desagradable el olor de la mierda. Sin embargo, esa percepción no tiene nada de objetivo (las moscas encuentran irresistible ese mismo olor); pero nuestro cerebro ha evolucionado para hacernos huir de las moléculas que representan un riesgo para nuestra salud. Por el contrario, al encontrar deliciosas las sensaciones que provoca la copulación, esa actividad permite que a veces nuestros genes se reproduzcan.

La belleza humana tampoco tiene un significado en sí misma; un perro encontrará más bello el rostro del viejo vagabundo que lo alimenta que el de cualquier *top model*. Los criterios tradicionales acerca de la belleza femenina, esos a los que se alude dibujando con las dos manos las curvas de una chica sexi (pechos grandes, cintura pequeña, caderas anchas), en principio son, como la piel lisa y sin arrugas, signos de juventud y de buena salud, es decir, de fecundidad.

«¡La verdad –exclamaron algunos hombres–, la última cosa en la que pienso cuando le echo el ojo a una chica es en preñarla!» Una muestra del orgullo humano: ingenuamente y con la mejor intención del mundo, estamos persuadidos de que sabemos lo que queremos y de que hacemos lo que queremos. Al acercarse a una mona para copular con ella, el chimpancé tampoco piensa en los retoños que resultarán de ese acto. El chimpancé no se dice: «Mira, aquí hay una buena mona cuyos genes se podrían combinar estupendamente con los míos». Del mismo modo, los hombres que frecuentan los clubes nocturnos de *lap-dancers* –esas bailarinas casi desnudas que se contorsionan encima de sus rodillas– se sorprenderían al saber que dan unas propinas diez veces más altas a las chicas que se encuentran en periodo de ovulación.

Por mucho que nos encante creer en nuestra voluntad todopoderosa, estamos lejos de ser el «yo» que creemos ser y no comprendemos los imperfectos móviles de nuestros actos. En nuestras sociedades dualistas (e individualistas) la relación entre hormonas y deseo es particularmente difícil de admitir.

Como ampliamente explica Jared Diamond en *¿Por qué es divertido el sexo?*, percibimos el deseo sexual de un modo tan íntimo que nos cuesta creer que no sea algo completamente personal y que la especie haya encontrado el camino para convertir en agradable lo puramente útil.

Nos causa menos trabajo admitir que ese pueda ser el caso para el deseo de alimentarnos, en este caso el «yo» y su dignidad no se encuentran implicados de la misma forma; pero en realidad las dos circunstancias son análogas. La belleza de las mujeres es como el azúcar de la fruta: no tiene utilidad en sí misma, pero resulta muy conveniente para suscitar el deseo de poseerla, un deseo que contribuirá a la supervivencia de la especie, sea de la manzana o del hombre. Una de las grandes especialidades humanas, para lo bueno y para lo malo, con-

siste en separar un elemento de su contexto para convertirlo en otra cosa. En un abrir y cerrar de ojos, una multitud de comportamientos culturales pueden elaborarse alrededor de esa «cosa», independientemente de su función original. Por ejemplo, los comportamientos adictivos, con resultados nocivos o incluso fatales, es decir, *contrarios* a la supervivencia de la especie. Es lo que ocurre con el azúcar precisamente, sustancia indispensable para la supervivencia del cuerpo humano y que se encuentra en pequeñas cantidades en los productos naturales. Sin embargo, al ser potenciada y fabricada por el hombre, consumida en altas dosis, es responsable cada año de millones de casos de obesidad y de un número creciente de víctimas de la diabetes. O la violencia, que es utilizada entre los gorilas de un modo elemental, pero que entre los hombres se transforma en un culto, en una religión cinematográfica, en la exaltación de comportamientos machistas y falsamente viriles con efectos desastrosos: guerras mundiales, genocidios, violaciones colectivas, masacres. O también la belleza femenina, «cosificada» en Occidente por la industria de la moda y de los productos de belleza y por la proliferación desenfrenada y adictiva de la pornografía, llena de efectos nocivos tanto para las mujeres como para los hombres. Nos ocuparemos de ello más adelante.

¿Por qué en la iconografía de todas las sociedades el cuerpo de la mujer ocupa un lugar diferente al de los hombres? A menudo se constata esta diferencia simplemente para denunciarla, sin embargo, lo verdaderamente importante es comprender por qué esto es así. Una de las razones de la excesiva representación del cuerpo femenino, sin duda, es que los hombres y las mujeres salimos de él. Es lo que sugiere la antropóloga Françoise Héritier en el primer tomo de su gran ensayo *Masculino/femenino*: «No es la envidia del pene lo que produce la humillación de las mujeres, sino el despropósito de

que ellas puedan concebir a sus hijas y los hombres no puedan hacer lo mismo con sus hijos. Esta injusticia y este misterio son el origen de todo lo demás y se ha desarrollado de modo similar en los grupos humanos desde el origen de la humanidad dando lugar a lo que llamamos dominación masculina».¹

Dicho de otro modo, si a lo largo de la historia los hombres han dominado a las mujeres en todas las sociedades humanas es porque ellas eran quienes tenían los hijos. Por un lado, esto las volvía vulnerables: necesitaban protección por parte de los machos, especialmente durante los embarazos y los periodos de lactancia. Pero, por otra parte, el hecho de que el parto estuviera reservado a las hembras y ellos quedaran marginados de ese acto, era percibido por los machos, dependiendo de los casos, como un privilegio, una ventaja, un despropósito o un misterio sagrado.

Efectivamente, esto nos lleva a plantearnos una pregunta: la famosa pregunta humana del porqué. Y el hecho de que no haya otro por qué más que la evolución de los mamíferos en el planeta Tierra no nos basta como respuesta, debido a que tenemos la irreprimible manía de querer darle sentido a todo. El hecho de que solo las monas den a luz y llenen el mundo de bebés, tanto machos como hembras, les importa un bledo a los monos. En cambio, los machos humanos no salen de su asombro y se llenan de desconfianza. Desde la noche de los tiempos, escrutan, manosean, abren y cierran, esculpen y dibujan el cuerpo de la hembra para comprender no solamente cómo se desarrolla esa historia de la gestación sino de qué derecho o de qué honor han sido excluidos.

Hay una segunda razón que justifica la preponderancia del cuerpo femenino en el arte a través de los tiempos. Es invoca-

1. Françoise Héritier, *Masculinofemenino: disolver la jerarquía*. Ariel, Barcelona: 1997.

da con menos frecuencia que la primera porque está basada en lo incuestionable de la biología y no en construcciones mentales: con independencia del ansia de saber de dónde vienen y por qué, y con qué derecho, *los hombres tienen una predisposición innata a desear a las mujeres a través de la mirada.*

Para estar seguros de transmitir sus genes, el macho quiere esparcir su semilla del mayor modo posible y en el mayor número de cuerpos de hembras jóvenes y sanas posibles. Es decir, susceptibles de llevar a término un embarazo y de sobrevivir a un parto. A lo largo de millones de años, la vista del macho humano se ha adaptado para reconocer hembras fecundables y enviar señales a sus testículos para reaccionar en ese sentido. Está claro que un hombre no se empalma automáticamente cada vez que sus ojos se posan sobre una mujer deseable (algo que resultaría un tormento infernal). Las estimulaciones se filtran y cuando la situación no se presta al sexo, el hombre dispone de un mecanismo cerebral de «bloqueo» de la erección. Pero, por poco que, bajo los efectos del alcohol, del apasionamiento, de la guerra o de una violación colectiva ese bloqueo salte y sus inhibiciones desaparezcan, el macho humano estará preparado (sobre todo si es joven) para entrar en acción.

Por el contrario, la hembra humana no tiene interés en copular con el primero que llega, porque su implicación en la reproducción es incomparablemente más importante y duradera que la del macho. A fin de estar segura de tener unos retoños sin problemas, susceptibles a su vez de transmitir sus genes, la hembra debe sopesar los pros y los contras de cada coito. Tendrá tendencia (e interés) a elegir a sus parejas selectivamente, prefiriendo un macho que le parezca no solo físicamente fuerte sino fiable, susceptible de quedarse cerca de ella los años suficientes como para ayudarla a alimentar a sus pequeños.